

LIBROS

Ana María, la anticolumnaria

«... Un ejercicio de libertad imaginativa y cultural...». Así define Vázquez Montalbán el libro de poemas de Ana María Moix, «Baladas del dulce Jim» (Ediciones El Bardo), en un prólogo prodigioso por su ingenio, desenfado y audacia. Para Vázquez, seguramente el hermano mayor de esta promoción poética que Castellet presentará en breve a pesar de la fuerte resistencia de

mete a ninguna preceptiva, surge por ensalmo sin sujetarse a normas ni modelos, sin pensar en modas ni vigencias, sin propósitos de llegar más allá de sí misma. Esta barcelonesa de 1947, que estrena con «Baladas del dulce Jim» su oficio literario —su novela «Julia» aparecerá en breve—, es hermana de otro de los nuevos, Terenci Moix, buen novelista y excelente escritor, al que, sin embargo —y según me parece—, Ana María nada debe: su poesía, al menos, no está en deuda con nadie, como no sea con el cine, la canción o las novelas de aventuras, pasados por los propios sueños y recuerdos. Leyendo sus poemas, creemos advertir a veces una resonancia surrealista o creacionista, pero esta referencia se desvanece en se-



ciertos sectores contradictoriamente conservadores, como ya se ha visto a través de la polémica entre lectores recogida en nuestras páginas no hace mucho, para Vázquez, decimos, estos poemas «anticolumnarios» de Ana María Moix constituyen una estupenda «lección de libertad», «una poesía escrita sin versos», porque «este puñado de imágenes y sensaciones rotas no se ha metido en ningún corsé métrico. No ha respetado siquiera el sistema columnario que hipócritamente sostenemos los poetas defensores del verso libre».

Así es, en efecto, la poesía de Ana María Moix. No se so-

guía en el conjunto. Los sueños pierden su forma irracional al entrar en el brillante juego imaginativo que Ana María abre para ellos, apoyada en Hollywood, en el melodrama o en las canciones de los años treinta. El mar —sobre todo, el mar—, la noche, la muerte, la madrugada, la lluvia, los pájaros, las sombras, limitan este universo poético valorado por el encanto y la gracia de sus imágenes, envuelto en nostalgias indefinibles. Este libro de Ana María Moix, ¿encontrará su público? Nuestra poesía está dando un giro copernicano y aún se desconoce su destino.

■ E. G. R.

El retorno de Carner

Por M. VAZQUEZ MONTALBAN

La noticia del regreso de Carner, tras más de treinta años de exilio, ha sorprendido a Cataluña entera. La infidelidad de la equivalencia es evidente, pero no hay otra equivalencia que la que representaría una resurrección de Antonio Machado y el anuncio de su retorno a Serbia. Carner es, con Pau Casals, el otro gran *ausente* catalán. Ambos han conllevado el duro mito representativo de la ausencia, a la manera como puede llevarlo sobre sus ya viejas espaldas el gran Alberti romano.

Pocas veces es tan justa la identificación de un país y un poeta. La poesía de Carner es toda Cataluña. No ya como cantor de su geografía, tampoco como observador de un talento catalán. Ambas valoraciones, con ser ciertas, no deben enmascarar la real importancia de Josep Carner como gran experimentalista de la lengua. Según Castellet y Molas, en «Ocho siglos de poesía catalana» (Alianza Editorial), Carner fue, con Guerau de Liost, el primero en comprender la necesidad de la elaboración de una lengua cultural frente a las tesis maragallianas de la «palabra viva».

«Hemos reivindicado —decía Carner— la aptitud literaria del catalán (...). Mientras el catalán era casi individual, nuestra literatura no pudo conseguir universalidad. Es preciso que una creación colectiva coordinada consiga para el catalán lo que ha conseguido para las otras lenguas».

Esta servidumbre de programadores culturales, que en cierta manera afectó a toda una extraordinaria promoción literaria (el joven D'Ors, Carner, Riba, Guerau de Liost, Josep Maria de Sagarra), no le impidió a Carner conseguir las más completas almas expresivas. Carner convirtió la lengua catalana en un instrumento expresivo rico, particular, sin servidumbre a los patrones de Francia o de los clásicos, que habían quizado la mano del renacer literario catalán.

Diplomático de carrera, las ausencias de Carner fueron frecuentes a partir de los años veinte. Estas ausencias ayudaron a universalizar su perspectiva cultural y permitieron el crecimiento de su estatura indiscutida por encima de las malquerencias de las batallas políticas y culturales. Siempre hubo en torno al poeta diplomático una aura de «Desecado» que le situó un tanto por encima del bien y del mal. Pero fue un papel que él se negó a asumir en momentos cruciales de la historia de su pueblo y la rentabilidad de su postura han sido estos alargados treinta años de exilio.

El periodista Xavier Febres, en una reciente entrevista con el matrimonio Carner, les preguntaba por qué precisamente vuelven ahora. La respuesta es de su segunda esposa, su traductora al francés, la belga madame Noullet.

«... ¿por qué no volvemos? Cada vez más esto se convertía en una idea fija, en una obsesión. Le era necesario volver, se le pudo llamar una verdadera necesidad. Ante esta imperiosa necesidad tomé la decisión. Creo que puede hacerle un bien enorme estar de nuevo en su país, air hablar catalán. No debe olvidarse, no obstante, que tiene ochenta y seis años, que se encuentra en la edad del reposo...»

El propio Carner, desde las nieblas de su ancianidad, dice, de pronto:

«Esto de Cataluña es una cosa muy importante. No se encuentra, por ejemplo, en Francia, Italia, una gente que haya nacido para su tierra, para aquella tierra, para servir y enervorizarse con ella. Muy importante... ¿Me comprende usted?»

Sin otras responsabilidades políticas que sus servicios como diplomático de la II República y su militancia teórico-práctica en la cultura catalana, Carner tal vez dejó escrito en cierta ocasión la causa exacta de su ausencia:

Quién ver pudiera, cuando el estío acaba,
el camino —la sierpe tan blanca y sonriente—
y, junto a conchada cala,
pámpanos muertos bajo un pino vivo.

Quién ver pudiera el baile en la era
y una sierra morada allá a lo lejos:
con pimleno silvestre tropezarme
o, por el pedregal, con el romero.

Más vale que dedique mis cuidados
a estas abedules y mortecinas nieblas.
En mis caminos de otro tiempo hallarse puede
a un ángel triste con torcida espada.

(Traducción: José Corredor Matheos)